

UN AUTOR Y UN LIBRO

HE ESTADO LEYENDO CON PROVECHO y entusiasmo un libro muy raro en la literatura histórica de nuestra América. Lo ha escrito un ensayista de primer orden, que por primera vez se pasa del ensayo a la historia: Daniel Cosío Villegas, y tiene por tema la antesala en que se mueve un general famoso, don Porfirio Díaz, antes de poner su garra en la presidencia de México.* El tema, el libro y el autor son mexicanos, pero la moraleja es hispanoamericana. Cosío ha creído conveniente re-escribir esa parte de la historia de México, si es que ya antes se había escrito, y ha aplicado a su experimento un criterio en que combina la recreación fresca y vivaz de los sucesos con ese método suyo casi desesperante de desmenuzar rocas de literatura, de limpiar montañas de hojarasca, hasta reducirlo todo a su número exacto, a su fecha precisa. Las notas van al pie, en cifras, de modo que no estorban la lectura. Pero ahí están. Y están tomadas de los periódicos, de la correspondencia, de los papeles menudos. El lector que sabe lo de Porfirio Díaz encontrará que Cosío ha producido cambios fundamentales, como éste que anuncia de entrada: la historia moderna de México comienza en 1867, y no en 1857 ni en 1877. El lector que no sabe de estas cosas y que se presenta virgen al relato, se ve delante de un cinematográfico desarrollo del drama que condujo a la dictadura de Díaz y queda con la impresión de que eso fué así. Y así fué.

Pero además, lo que sugiere el libro de Cosío es la necesidad de re-escribir toda nuestra historia. De las propias estupideces que hoy estamos viviendo sólo podemos tener una explicación adecuada hurgando el pasado inmediato y el que le sigue hacia atrás. Y hurgarlo fuera del ámbito de las publicaciones oficiales, que apenas representaban la opinión de un personaje en un escenario donde se mueven centenares. Cualquiera se da cuenta de que para escribir, por ejemplo, la

* Daniel Cosío VILLEGAS, *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria*. Editorial Hermes, México y Buenos Aires, 1953; 309 pp.

historia de una dictadura, los mensajes del dictador, los testimonios de una prensa censurada, esos amazonas de papel impreso que salen de las prensas oficiales no representan sino una gritería del propio jefe de gobierno que la produce él para ahogar, en primer término, la voz de su propia conciencia.

Lo más valioso, lo esencial como documento histórico, son los testimonios íntimos, las voces familiares, los papeles clandestinos. Las personas que coleccionen hoy documentos clandestinos en países sometidos a dictadura no alcanzan a imaginar el valor que pueden tener en el futuro. Tan cierto es esto, que en muchos países hay una persecución sistemática de archivos privados, de correspondencia, cuando no se ha llegado al paso decisivo de producir incendios para destruir testimonios acusadores. Esto que hoy se está viviendo en muchas partes, ocurrió en los siglos pasados mil veces, y hay grandes zonas de nuestra historia —quizá las que están cargadas de hechos más decisivos— que se ven como espacios muertos en la vida de nuestros pueblos.

Si fuese posible producir en el cerebro de un hombre cualquiera zonas de amnesia y lograr que quedaran vacíos en ciertos años de su juventud; que ese sujeto a los sesenta recordase con exactitud todo menos lo que fué de él entre los quince y los veinte años, entre los veinticinco y los treinta, su personalidad quedaría de tal suerte herida que podría hacerse de él un autómatas. Eso se ha hecho con los pueblos, y con más frecuencia de la que la gente imagina.

Cosío nos entrega en su libro un Porfirio Díaz que no llega a presidente. Lo pinta primero metido en una hacienda en donde debe tener una fundición. Escribe en clave. No se sabe si va a atreverse o no a entrar en una revuelta. Y así comienza a enredarse y desenredarse la madeja. Cuando termina el libro la revuelta ha cuajado, Porfirio tiene un prestigio nacional, pero quien ha subido a la presidencia es Lerdo. Porfirio llega a la ciudad de México a saludar al vencedor, y a observarle. Si no se sigue la trama íntima de esos primeros años de Porfirio, lo demás resulta malentendido. Ahí está la obra de Cosío. Y ahí está lo que habría que ha-

cer, muñeco por muñeco, en todo el cuadro de nuestras historias. ¡Las sorpresas que a veces nos darían!

Germán ARCINIEGAS

POCO O NADA PODRÁN AGREGAR estas líneas al éxito muy legítimo alcanzado por don Daniel Cosío Villegas con su reciente libro sobre la primera y fracasada intentona revolucionaria de Porfirio Díaz en el abortado plan de La Noria. Ni tampoco —lo que es acaso más de lamentar— podrán ellas aportar mayor cosa a la crítica que en torno de este libro viene haciéndose, ya que quien las escribe no ha sido jamás historiador de oficio, y no podría por ende justipreciar adecuadamente el valor muy específico que la obra pueda tener en la historiografía porfiriana; ni menos aún, por último, enjuiciarlo en función de sus fuentes mismas. Y con todo, hay en la aparición de este libro, en sus cualidades formales y perceptibles a cualquier lector habitual de estas cosas, hay algo, digo, si no tan insólito por lo menos no tan sólito, que no puede pasar por alto cualquiera que —por activa o por pasiva— vive para los libros y dentro de ellos como en su horizonte más vital.

Dice don Daniel en el prólogo que su propósito ha sido el de “recrear el pasado hasta el punto ideal de hacerle sentir al lector que él es un testigo, hasta un actor de los acontecimientos pintados en el relato”, para lo cual —agregá—manióbró de tal modo que “no sea el historiador quien hable, sino la Historia misma”. Hay que reconocer, en efecto, que ésta es la misión y contenido propio de la historia, por lo menos tal como la entendió su padre Heródoto: la de “ver” (voz que en Heródoto quiere decir lo mismo que “historiar”), ver el pasado, intuirlo, resucitarlo, aprehenderlo de nuevo en su pura pristinidad. Y es algo que reconforta eso de comprobar que haya aún quien, como don Daniel, tenga este sentido —el único auténtico a mi juicio— de la historia, hoy sobre todo que pululan los historiógrafos que quieren darnos la más híbrida de las historias, una historia mezclada

de filosofía. Buenas y santas cosas son la historia y la filosofía, pero como lo son el vino y el agua, a condición de no mezclarse. Esto no quiere decir, por supuesto, que desconozca yo la legalidad de un género de historia tan específico, como, por ejemplo, la historia de las ideas, ni, por otro lado, la de la filosofía de la historia, ni, por último, que niegue el hecho obvio —elucidado definitivamente por Rickert— de que en la selección del material histórico haya de operar el historiador con arreglo a la categoría del *valor* según el cual será la historia en cuestión historia política o historia militar o historia económica, etcétera, etcétera. Pero todo esto concedido y puesto muy en su punto, la historia, cuando es historia de hechos, ha de ser pura y simple visión de los hechos, con la más radical extirpación que pueda ser de todo subjetivismo.

A este propósito responde cumplidamente este libro, al punto que por su sola lectura no sabríamos si su autor es porfiriano a antiporfiriano. Don Daniel ha sabido guardar inflexiblemente la rigurosa castidad de la historia, y éste es para mí —amén de los otros muchos que ya verán los eruditos— el mérito principal de su obra. En sus páginas corre limpiamente, sin torcimientos dialécticos ni encaje violento de los hechos en tesis preconcebidas, un episodio de nuestro pasado, tan principal que en aquella abortada revuelta se ve surgir vigorosamente —en estas páginas de tan implacable economía de expresión— la figura de quien fué luego y por tantos años árbitro del país —figura de un nietzscheísmo que no sospechábamos quienes estábamos más o menos acostumbrados a la bonachona imagen del don Porfirio de las postrimerías; figura, en suma, la de este don Porfirio mozo, centrada toda ella en torno a la voluntad de poder. ¿Puede darse mejor introducción a la época posterior de la dictadura?

Si don Daniel ha sabido salir airoso del difícil cometido que se impuso, ha sido simplemente por ser él quien es; y esto último —al trasladarme de este modo de la obra al autor— lo digo sólo por gusto, por el gusto que siempre he tenido al ver en él uno de esos muy pocos mexicanos raros, en el sentido en que Darío, por ejemplo, tomaba el vocablo. Don Daniel Cosío Villegas es, en efecto, según mi leal saber y entender, uno de esos pocos de quienes se puede decir que

son, cada uno, *homo per se* —como de sí mismo decía el incomparable Erasmo—, nada neutral, a buen seguro, cuando hay que tomar posición frente a lo que cada hombre debe tomar posición, pero sin vincular anticipadamente su juicio a ninguna bandería o partido, sino en perpetua disponibilidad y albedrío de sí mismo. Don Daniel es hoy en México —y no creo que de muchos otros pudiera decir otro tanto— el tipo del intelectual libre y sin compromisos; el que frente a todos los partidos puede en todo momento decir el erasmiano *Nulli concedo*; el tipo, en fin, de aquel *clerc* que nos llenaba tanto el alma en las páginas de Julien Benda, y que dió cuerpo a nuestros malogrados sueños de la juventud. Por esto puede escribir con objetividad, y por esto podemos prometernos tanto de la historia que tiene entre manos, y cuyo anticipo revelador ha sido este don Porfirio de La Noria. Es tan raro entre nosotros y tan incomparable este *homo theoreticus*, este puro espectador de la hirviente marejada pasional que nos circunda, que casi tiene uno que frenar su admiración por que no parezca que tras de ella está la envidia, la envidia de la más mala, la que frente a tal personaje puede sentir, por ejemplo, el animal jerárquico —como, si no recuerdo mal, llamaba Nervo a los del por antonomasia llamado Servicio.

Antonio GOMEZ ROBLEDO